

Fabio Bartoli

7/7/2020

Pasado, presente y futuro en Auschwitz. Una reflexión desde la obra de Primo Levi y Viktor Frankl.

Partiendo de la constatación de que en el lager se terminaba quebrado tanto desde el punto de vista físico, por el desgaste corporal, como desde el punto de vista mental (Levi, 1991, pp. 25-26), por las constantes prácticas de deshumanización del individuo que tenían como resultado una transformación del sujeto en *musulmán*: esta ponencia pretende analizar la percepción temporal de un internado en un campo de concentración nazista, más precisamente, Auschwitz. El objetivo de este trabajo es analizar cómo la percepción temporal del prisionero asumía una importancia fundamental como mecanismo de defensa en contra de las prácticas deshumanizantes perpetuadas en el lager en contra de los prisioneros, ya que lograba preservar a la víctima de la completa alienación. Para mayor claridad, separaré arbitrariamente el estudio de la concepción temporal en tres secciones correspondientes con el orden en que las expondré, esto es presente, futuro y pasado.

Desde un punto de vista metodológico, haré un análisis y comparación de los relatos autobiográficos de dos autores fundamentales para el estudio de la vida en los campos de concentración nazi: Primo Levi (1989) y Viktor Frankl (2019). Aunque la elección de comparar el trabajo de estos dos autores no es original, como se verá a continuación está plenamente justificada desde un punto de vista metodológico y explicitarla constituye una óptima forma de plantear el problema y circunscribir detalladamente el campo de investigación.

1. Planteamiento del problema: la vida del prisionero de Auschwitz y su humanidad bajo ataque

Antes que nada, nuestra elección responde a un criterio de homogeneidad de *tiempo y lugar*; de hecho, ambos autores vivieron su experiencia de reclusión en el mismo campo, Auschwitz, que tristemente se ha vuelto el macabro símbolo de la *Solución final* nazista. En adición, ambos estuvieron internados en la misma época y en calidad de prisioneros judíos. Esta coincidencia logística y temporal nos permite considerar como equivalente el contexto en que los dos reclusos tuvieron que sobrevivir y, en consecuencia, adecuado para una comparación fructífera.

En segundo lugar, ambos los autores, aunque con competencias diferentes, lograban comunicarse en alemán con sus compañeros, factor fundamental en la vida en el lager, y ambos podían confiar en un relevante acervo cultural, pues tenían un título de grado en disciplinas científicas, Levi en química y Frankl en Medicina. Como se verá mejor en seguida, esta característica condicionará su visión de la vida en el lager y sus obras posteriores, demostrando una fuerte influencia del método analítico que habían adquirido y aprendido a manejar gracias a sus estudios universitarios, lo que demarcará sus memorias de internamiento con una perspectiva analítica similar y con un rigor que difícilmente ha sido alcanzado por otros escritores que produjeron obras similares.

En fin, ninguno de los dos perteneció a aquellas categorías de personas que Levi denomina *Zona gris*, haciendo referencia a quienes de alguna manera decidieron colaborar con los nazis a cambio de cualquier privilegio material o social, al margen de si se estaba o no dentro de un campo de concentración. De hecho, tanto Levi como Frankl fueron forzados a hacer trabajos físicos extenuantes y no especializados durante casi todo su internamiento, logrando gozar de una condición de vida más cómoda sólo por pocas semanas.

1. El tiempo en Auschwitz analizado por medio de los testimonios de Primo Levi y Viktor Frankl

1.1. La percepción del presente

Entrando ya en el ejercicio de análisis, como hemos dicho antes, las condiciones de vida en el lager eran de las peores. Permaneciendo en el caso de Auschwitz, tanto Frankl como Levi nos han ofrecido descripciones bastante detalladas de la rutina de un día típico de un internado, lo que resulta un insumo valioso para la comprensión de la visión que podía tener del presente el prisionero promedio. Pero antes de empezar esta descripción, es necesario hacer una última precisión metodológica útil a nuestro análisis: de ahora en adelante nos enfocaremos sólo en presos que ya transcurrieron una cantidad de tiempo suficiente para superar la primera fase de *shock* por la entrada en el lager, normalmente pocas semanas, una fase que Levi (1989) llama *iniciación* y Frankl (2019) *fase inmediata al internamiento*. Entonces consideraremos sólo el tipo de prisionero, de género masculino, que se puede considerar un anciano del campo: esto es un individuo que se ha adaptado a la rutina del lager, ya sin la curiosidad instintiva del ser humano frente a una nueva situación, que desde hace mucho no recibe noticias de sus seres querido, ignorando si siguen vivos o no; y que, último pero no menos importante, ya terminó

los recursos lipídicos almacenados en su vida precedente, por lo que depende completamente de los suministros de comida que, ilegalmente o no, logra recoger a lo largo de su día.

Por supuesto, la asombrosa rutina diaria del lager, que aquí no tengo el tiempo de describir, ponía a dura prueba la psique de las víctimas. Para sobrevivir a esta situación de hambre crónica y violencia brutal, el prisionero estaba forzado a crearse una defensa mental, que lo protegiera de esta realidad terrorífica (Frankl, p. 56 y p. 92).

Aquí, Frankl (p. 61) y Levi (p. 82) coinciden bastante en afirmar que la sobrevivencia física del individuo se volvía el único objetivo para la mente de la víctima. En función del logro de este fin se sacrificaba cualquier consideración de tipo moral (Frankl, p. 35) (Levi, p. 81), y todo involucramiento emocional. Levi concluye que “frente a la necesidad y al malestar físicos que no dan tregua, muchas costumbres e instintos sociales se callan” (Levi, p. 79). Para lograr silenciar estos instintos, que serían de obstáculo para la sobrevivencia, el prisionero tenía que asumir una actitud de completa *resignación* (Levi, p. 151) y de total *apatía* (Frankl, p. 53) en relación con el ambiente circundante, que Frankl describe como un estado de *muerte emocional* (Frankl, p. 53).

Finalmente, esta actitud comprendía también, por parte del individuo, una renuncia total a intentar entender el *sentido* de la situación en que se encontraba. Esta tarea, imprescindible para cada prisionero, era mejor postergarla hasta una improbable liberación, pues gastar energías mentales en ello en medio del internamiento habría sido un desperdicio doloroso e imperdonable: la sabiduría de los prisioneros ancianos consistía justamente en “tratar de no entender” (Levi, p. 104).

1.2. La percepción del futuro

A la reflexión a propósito de la percepción que el prisionero tenía del presente, Levi y Frankl agregan algunas consideraciones con relación al futuro. Es necesario aclarar de inmediato que, aunque las dos posturas se parezcan, la concepción del futuro es el asunto sobre el que las vivencias temporales de Levi y Frankl presentan mayores divergencias: ambos reconocen la importancia de mantener viva, aunque sea mínima, una esperanza hacia el futuro, pero Frankl considera esta predisposición mental, con relación a la sobrevivencia y protección de la individualidad, mucho más importante de cuanto no lo hace Levi. De hecho, para este último la esperanza hacia el futuro es un pensamiento que existe, pero al que es mejor no prestar mucha atención, de lo contrario, puede pasar que en esos raros momentos de tranquilidad en la vida del lager, “momentáneamente lejos de las blasfemias y de los golpes, podemos regresar a

nosotros mismos y meditar, y entonces se hace claro que no regresaremos” (Levi, p. 49); y concluye: “el futuro estaba en frente, gris e inarticulado, como una barrera invencible. Para nosotros la historia se había detenido” (Levi, p. 105). Se puede apreciar que en la experiencia de Levi el futuro es un horizonte sobre el que cada cierto tiempo se piensa, voluntariamente o no, pero que no se debe tomar muy seriamente, pues no es de “este insensato loco residuo de esperanza inconfesable” (Levi, p. 111) en el futuro que se deben extraer las energías necesarias para sobrevivir y para salvaguardar la individualidad.

Por el contrario, Frankl da mucha más importancia a la percepción del futuro por parte del prisionero. Para él: “el prisionero que perdía la fe en el futuro –en su futuro– estaba condenado. Con la quiebra de la esperanza faltaba, asimismo, la fuerza del asidero espiritual, se abandonaba y decaía y se convertía en un sujeto aniquilado, física y mentalmente” (Frankl, p. 103). Además, en el lager, Frankl encontró una triste confirmación a sus teorías psicoanalíticas que se fundaban en la búsqueda del sentido de la vida por parte del hombre como una solución a muchos malestares de la cotidianidad, hasta el punto de poder afirmar que “cualquier intento por restablecer la fortaleza interior de los reclusos bajo las dramáticas condiciones de un campo de concentración requería, en primer lugar, proponerles un objetivo que diera sentido a su vida [...]. Siempre que se presentaba la oportunidad, era preciso infundir un *porqué* –un objetivo– a su vida, con el fin de fortalecerlos para soportar el terrible *cómo* de su existencia” (Frankl, p. 105).

Podemos ver que en la visión del doctor austriaco la única manera de poder sobrevivir a una experiencia tan traumática como la reclusión en Auschwitz era tener una cierta percepción del propio futuro: si no se hacía una inversión intelectual y emotiva en este frente, las probabilidades de acabar muerto o de renunciar a la propia subjetividad eran muy altas. Pero para lograr invertir energía intelectual y emocional en la esperanza por el futuro se necesita mantener la propia humanidad individual en desmedro del ambiente circundante.

¿Y cómo se puede alcanzar este resultado? Otra vez Frankl y Levi concuerdan en la solución. Para mantenerse humanos, tanto emotiva como cerebralmente se puede, aún mejor, se debe, sacar provecho del propio pasado y de la memoria que se tiene de él. Solo en este lugar existencial se puede encontrar un depósito de energías, variable de persona en persona, para defender la propia singular humanidad.

1.3. La concepción del pasado

En Auschwitz las propias experiencias pasadas se podían volver útiles en dos modos diferentes: 1) en forma de habilidades adquiridas, tanto mentales como manuales, y que podían servir mucho en varias de las circunstancias en que podía encontrarse un recluso. Solo para dar un ejemplo, haber aprendido las bases de la lengua alemana podía hacer la diferencia entre la vida y la muerte a lo largo del encierro.

2) Casi ningún prisionero había pasado toda su vida como internado en Auschwitz. Entonces, mientras que la experiencia del lager estaba marcada por las constantes tentativas de deshumanización y por la soledad más profunda (Levi, p. 80), normalmente el pasado era una situación en la que todos habían tenido seres amados que correspondían el afecto y también dignidad; visto así, el pasado era una “luz que irradiaba contra el tenebroso presente” (Frankl, p. 110) y que entonces se ofrecía como patrón de comparación indispensable para no abandonar toda esperanza de regresar a una situación similar a aquella *ante lager*, además de prestar una placentera distracción intelectual en las largas horas de desgastante trabajo manual, con la ventaja tangible de que no podía ser confiscada en ningún momento por los guardias (Frankl, p. 110).

Para analizar en orden estas facetas de la relación con el pasado, iniciamos afirmando, siguiendo a Levi y a Frankl, que en Auschwitz eran necesarias varias figuras laborales y, en consecuencia, existía una pequeña posibilidad de resultar seleccionado para realizar tareas similares a aquellas que se desempeñaban en la vida precedente a la captura. Esto era muy importante, ya que quien lo lograba tenía posibilidades mayores de salvaguardar su dignidad, pues, aunque en medio de una situación donde la incertidumbre reinaba, por lo menos era posible aferrarse a la seguridad que daba practicar a diario una tarea familiar y que se desempeñaba muy bien (Levi, p. 41). Además, Levi y Frankl concuerdan con el hecho de que estadísticamente quien tuvo la suerte de poseer un amplio acervo cultural, aunque tuviese una constitución física débil, tuvo mayores posibilidades de sobrevivir.

Un ejemplo inolvidable de la utilidad de la cultura para mantener la propia humanidad lo ofrece Levi con el episodio que en su libro titula *Il canto di Ulisse* (Levi, pp. 98-103), en el que, en medio de la rutina de un día cualquiera en el lager, Levi trata de recordar, traducir y explicar un canto de la *Divina Commedia* a Pikolo, un compañero suyo, y se da cuenta de inmediato de cómo y cuánto este ejercicio intelectual sea positivo para él y para su autoestima.

La segunda manera de sacar provecho del pasado para el prisionero es tan importante cuanto la que acabamos de describir. De hecho, hemos dicho que la memoria de la vida transcurrida afuera del campo de concentración es un lugar existencial en el que el internado puede

refugiarse para protegerse de la escalofriante realidad que lo circunda y donde puede encontrar sus “reservas de humanidad”. En efecto, uno de los peligros más graves en el lager era el de olvidarse que no siempre se había vivido en el campo, con el riesgo de terminar aceptando la propia condición como natural (Frankl, pp. 92-93), pues “quien perdió todo, fácilmente pierde también a sí mismo” (Levi, p. 28). Antes que nada, el recuerdo de los seres queridos es un puerto seguro en medio de la tempestad, pero esta consolación está acompañada del persistente estado de inseguridad que deriva del completo aislamiento que cada prisionero sufre en relación con el mundo externo, dado que las comunicaciones estaban tajantemente prohibidas, por lo que el internado común, ya desde su descenso del tren que lo había llevado a Auschwitz, no tenía noticias de sus familiares. Esto explica la ambivalencia de Levi a este propósito: para él recordar a su familia y a sus seres queridos era un confort, pero también un dolor debido a la incertidumbre de no saberlos en un lugar seguro, acompañada por la conciencia de no tener muchas posibilidades de alcanzarlos y obviamente por el doloroso sentimiento que nacía de la comparación entre la condición presente y la condición pasada que se había perdido.

También Frankl elabora un discurso similar sobre la importancia del recuerdo de los propios seres queridos como herramienta para protegerse de la violencia del presente, pero él da un paso más allá respecto de la reflexión de Levi: Frankl está consciente de que hay buenas posibilidades de que su esposa ya haya sido asesinada por los nazistas, pero esta peculiaridad no vuelve agri dulce su recuerdo como en el caso de Levi, más bien, lo lleva a concluir sorprendentemente que “el amor trasciende la persona física del ser amado y halla su sentido más profundo en el ser espiritual, el yo íntimo. Que esté o no presente esta persona, que siga viva o no, en cierto modo carece de importancia”. (Frankl, p. 53)

Llegados a este punto, hemos alcanzado a describir de manera satisfactoria el cuadro de la concepción de la propia existencia temporal a lo largo del internamiento así como Frankl y Levi las presentan, ahora falta sólo tratar de extraer las conclusiones de todo esto.

Breves conclusiones

Como hemos podido apreciar en la sección anterior, en sus memorias, tanto Levi como Frankl hacen énfasis en el tema de la concepción temporal y de cuánto ella pudo ser determinante para salvarse de las prácticas deshumanizantes que los acusaban en Auschwitz. Sintetizando las peculiaridades emergidas por nuestro análisis, se puede afirmar que ambos buscaron protegerse de la realidad de la vida en el lager enrocándose detrás de un estado de apatía que tenía como

finalidad salvaguardar su salud psíquica. Además, hemos visto que, aunque con distinta intensidad, ambos concuerdan en la necesidad de la presencia de una esperanza en el futuro, que en caso de Levi es flébil, mientras que para Frankl asume una importancia central. Finalmente, para lograr mantener las energías para sobrevivir, sin perder la propia humanidad, y contemporáneamente conservar la esperanza en el futuro, ambos extraían bríos de los recuerdos del propio pasado, tanto en forma de habilidades adquiridas como *memento* del hecho de que no siempre la vida había sido tan miserable y, en fin, también como lugar existencial en el que podían volver a percibirse como hombres y no como animales.

En este punto, resulta evidente que mi división entre presente, futuro y pasado, utilizada aquí de manera artificiosa en cuanto útil para efectos de claridad, se revela, en realidad falaz, pues estas tres esferas temporales se sobreponían irremediablemente y se mezclaban de maneras impredecibles y diversas para el prisionero, tanto en relación con el sujeto considerado, como respecto de cada situación específica. Entre otras cosas, esta conclusión se armoniza perfectamente con el desarrollo de la física contemporánea en relación con la naturaleza del tiempo y que nos indica que en realidad “si observo el estado microscópico de las cosas, la diferencia entre pasado y futuro desaparece. El futuro del mundo, por ejemplo, está determinado por el estado presente, ni más ni menos de como lo esté el pasado” (Rovelli, p. 36).

A este propósito, nos parece relevante anotar algo que la filosofía tiene claro desde hace muchos años: sólo los hombres tienen el *tiempo*, mientras que los otros animales “no tienen marcos dentro de los cuales colocar el fin reflejo de la acción y finalmente a ellos mismos” (Sini, p. 23). Esta aclaración nos permite destacar que nuestra decisión de considerar la concepción temporal del sujeto como discriminante para mantener la propia humanidad es mucho menos arbitraria de lo que pudiera aparecer a un primer vistazo, pues en realidad hemos enfocado nuestro análisis sobre una de las características fundamentales de la experiencia vital humana.

Para concluir, sólo quiero agregar que este tipo de relación con la propia concepción temporal era sólo una de las vías que el prisionero podía escoger para tratar de sobrevivir ad Auschwitz, una de las tantas vías, pero no la única, pues en una situación tan crítica cada expediente podía resultar valioso para no rendirse, y ni siquiera es cierto que de estas opciones de sobrevivencia, de que nos habla Levi y a las que hemos hecho referencia *supra*, se tenía que escoger una sola y no varias al mismo tiempo.

Quise aislar y hacer énfasis justamente en la opción de la concepción temporal, porque en mi criterio esta era una de las pocas alternativas que además de ofrecer posibilidades de mantenerse en vida, brindaba también otra ventaja: guardaba la humanidad del sobrevivido hasta el final (final que tiene que ser entendido como momento de la liberación, o como momento de la muerte física). De hecho, podemos concordar con Levi cuando afirma que: “para quien no tenga saldos recursos internos, para quien no sepa extraer de la consciencia de sí mismo la fuerza necesaria para anclarse a la vida, la sola calle de salvación conduce a la demencia y a la bestialidad subrepticia” (Levi, p. 88), afirmación esta que hace eco a Frankl cuando dice que “la intensificación de la vida interior protegía al prisionero del vacío, la desolación y la pobreza espiritual de la vida del campo, devolviéndolo a su vida anterior” (Frankl, pp. 70-71). De hecho, mientras muchas personas para sobrevivir debieron renunciar a la propia humanidad, asumiendo comportamientos bestiales –por ejemplo, el caso de Elias (Levi, p. 51)–, o perdiendo definitivamente todo sentido moral –aquí la referencia a los *prominent*, esto es los prisioneros que colaboraban con las S.S. es obvio–, no sólo Levi sino también Frankl lograron salvaguardar la propia individualidad lo suficiente como para poder continuar compartiendo con quien quiso escucharlos y encarando su terrible experiencia en Auschwitz, lo cual nos lleva a compartir la afirmación de Rovelli: “el tiempo es la forma con la que nosotros, seres cuyo cerebro está hecho esencialmente de memoria y previsión, interactuamos con el mundo, es la fuente de nuestra identidad” (p. 161).

Bibliografía:

- Frankl, V. (2019). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Levi, P. (1989). *Se questo è un uomo*, en *Se questo è un uomo. La tregua*. Torino: Einaudi.
- Rovelli, C. (2017). *L'ordine del tempo*. Milano: Adelphi.
- Sini, C. (2019). *La vita dei filosofi*. Milano: Jaca Book.